

IV JUILY OKSUILYADOBY BKOIIZIGIVIT'

Vigencia de Una Política de Arte

POR RAFAEL SUAREZ SOLIS

Este trabajo fue leído por su autor en la tarde de hoy, a las 5:15, ante los micrófonos de la emisora RHC-Cadena Azul, y es la sexta de las radio conferencias que presenta esa difusora, respondiendo así a la invitación expresa hecha a los intelectuales cubanos por el doctor Saladrigas, en su discurso del 21 de abril.

NO es carga ligera la del optimismo. Las esperanzas pesan; las ilusiones hacen doblar las espaldas a muchos que todavía no entraron en el recinto de la vejez. Y cuando se ha puesto todo el deseo en conseguir cosas que no se cotizan, bienes espirituales, nada desconsuela tanto como andar por un mundo donde todo se compra y se negocia, se vende y se contrata. Un pueblo que para entretenerse, para divertirse, ha de esperar a enriquecerse materialmente y luego encenagarse en placeres vulgares no llegará nunca a ese estado de gracia en que, sin más satisfacción que sentirse vivir, quedan resueltos todos los problemas de la nación. La salud es la felicidad; la belleza es el momento superior de la salud; la justicia está implícita en la hora superior de la belleza. Y se ha dicho: «Un pueblo es una obra de arte y del tiempo». Es decir, el tiempo trabajado de una manera artística.

La gran Grecia, la Atenas de Pericles, es posible cuando la vida de Sócrates, de Praxiteles, de Hipócrates. Sócrates es la conciencia del hombre, el hombre cuya riqueza consiste en sentirse vivir. Praxiteles es el quehacer artístico, el placer de crear la belleza. Hipócrates es la administración de la salud, la advertencia contra las posibilidades de la enfermedad. Esos tres hombres culminan en Pericles, que es la armonía en que culminan esos tres elementos singulares: el hombre, la salud y la belleza. De Pericles por consiguiente, puede decirse que fue, en la democracia perfecta, el gobernante que tuvo y desarrolló un programa político de arte. Fue un hombre culto al frente de una república bella. En el teatro de su tiempo se escribieron y representaron para el pueblo las obras de Eurípides y de Aristófanes. Fue él mismo una obra de arte y del tiempo.

¿Dónde ahora, aquí, entre nosotros, encontrar un hombre verdadero, el hombre de la sonrisa socrática? ¿Dónde hallar la salud? ¿Dónde la belleza? Porque no es belleza social la que haya de buscarse en el paisaje lejano, huyendo del ruido de las ciudades maltratadas por la incuria. Porque no puede haber estado de justicia en un pueblo de resentidos espirituales. Porque no pueden llamarse hombres los que se amansan en una conformidad

odiosa. El hombre alegre entre nosotros es un ser inconsciente que busca, por medio del placer mercenario, olvidarse de sí mismo.

Recuerdo una vez que discutiendo estas cuestiones con un ministro de Educación, y llegando él a parecer impresionado, me dijo:

—Redacte usted el decreto que ponga en práctica todo ese programa de gobierno.

Me quedé mudo y triste. A pesar de su aparente talento, de su bien exhibida ilustración, no había comprendido. Tenía del poder una idea infantil. Quería, como un dictador cualquiera, crear las artes por decreto, movilizar la cultura como un ministro de la Guerra moviliza obligatoriamente la población que haya de salir para los campos de batalla a conquistar el mundo por medio de las armas. Se había olvidado del tiempo. De que las cosas maduran a su tiempo. Y que ningún pueblo ha sido conquistador de veras sino cuando ha logrado conquistarse a sí mismo, hacer de sus hombres corrientes un tipo superior de hombre satisfecho de sí mismo, consciente de su satisfacción, saludable en sus juegos, feliz ante el espectáculo de su propia belleza espiritual. Para saber qué pueblos han alcanzado esos estados de justicia social basta con recorrer los museos. El pueblo de Praxiteles, de Velázquez, de Leonardo de Vinci... He ahí algún ejemplo.

Cuba no lo sabe. El hombre de la calle, el hombre de la Academia, el hombre de los negocios, no sabe aquí, en su propia tierra, que Cuba tiene algunos de los mejores artistas de América. Y no lo sabe porque vive insatisfecho de todo lo que le rodea; porque no vive, como los hombres de la antigüedad griega, como los hombres del Renacimiento, en un medio creador. Porque no vive en la democracia de Pericles, ni en la República de Miguel Ángel. Los pueblos que no crean podrán presumir hasta de civilizados, pero no pueden presumir de ser cultos. La civilización es un régimen instrumental, el uso de los instrumentos con que se pretende estar rindiendo labor de cultura. Pero el uso no quiere siempre decir belleza, no siempre quiere decir justicia. Con la radio, instrumento de la civilización, se puede realizar una obra de incultura, se puede provocar la injusticia. No es culto el

estos boñitos en
esas blincitos
instonaly es jst-
bol jos Korolman-
e todos las leji-

enre' jo msho se
os jymagos' se-
on baly jos vla-

blavnto deeso de
shenfracten e jns-
e ese esviltu de
tente rilosclati-
suzamshento de jz

de snfoles snps-
flegoles snpsnos'

odos mlegalos Ro-
t arafensronarye'
nctou vblefente
dalya a reontes'

ltonones demostre-
fomel en ja con-
vabylzde en m es-
ls llyente celys
leffere s an or-
je jo snlye' no
e concee e jsho-
bujmshento vol es-

je laxon de exra-
mlegals jnsrea
jurelyshvldshen-
ea rousarye jos

2)

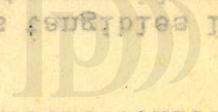
hombre que se monta en un automóvil para no ir a ninguna parte. No es saludable el pueblo que paga un ministerio de Salubridad para que le propague las enfermedades. El pueblo culto es el que se organiza en un régimen de justicia, es decir de belleza. El pueblo que crea

Por eso, cuando los intelectuales cubanos idearon preguntar al doctor Saladrigas qué proyectos tenía para atender como gobernante los intereses de la cultura, se sintieron complacidos al recibir una respuesta responsable. «Ustedes —dijo— sabrán lo que desean. Yo sólo sé que los deseos de ustedes señalarán normas a mi gobierno. A mí me corresponde gobernar de acuerdo con la cultura. La opinión de los cultos es siempre una solicitud popular. El pueblo quiere lo que saben que quiere los hombres cultos».

Ello quiere decir que el doctor Saladrigas no se propone crear el arte por decreto. Lo que se propone, según se desprende de sus propias palabras, es fomentar, oído el parecer de los cultos, un ambiente creador. Dar al pueblo, en la representación

de los hombres cultos, la oportunidad de satisfacerse, exaltarse, manifestarse, crear, sentir socráticamente, descubrirse e imponerse. Definirse en fin. Y eso si es un programa de gobierno. De nada sirve poblar la isla de estaciones de radio si no hay una voz culta que lance al aire una palabra sensata. De nada sirve sostener escuelas artísticas si en sus aulas no se fomenta el ansia de crear y en cambio se cultiva la maña de la copia. De nada sirve abrir escenarios al público si el dramaturgo sólo persigue divertir a la multitud halagándola en sus torpes pasiones, en su resentimiento. La cultura alimentada por decreto no pasa de ser una rama más de la burocracia. Lo que importa es infiltrar fe a los hombres cultos para que se decidan a revisar con toda urgencia aquellos temas que hayan de impresionar la mente y el deber de los gobernantes. El gobernante que los atienda, como ha prometido hacer el doctor Saladrigas, será el que saque al país del estado de desorden moral, para conducirlo hacia el estado de los hombres con afán de justicia, es decir, de belleza.

Raw, Mayo 10/54



DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA